



MEIN KAMPF

ANTONIO CISNEROS

En 1932 tuve por esposa a una muchacha que tocaba la flauta de madera, y también en esos días empezó mi amistad con un perro gran danés, dueño de notable perspicacia para su corta edad. Mi mujer, mi Flor de Sándalo — como solía llamarla — era más gruesa que su flauta de madera pero menos peluda que el buen perro. La devoción que nos unía no bastó para habitar el mismo techo: Fenix, el danés, hospedóse en una mansión de los suburbios, donde cinco viejas alemanas se aburrían sin hijos o maridos, mientras Sándalo y yo nos acomodamos en un tercer piso del barrio de las putas. Durante la primera semana eran los dos cuartos una huerta florida, pero el resto de los días estrecháronse de tal modo que en 1933 sólo de pie podíamos estar y apachurrados. Ya nunca más hicimos el amor. Sándalo me acusó de haber frustrado su vocación musical y siempre recordaba las palabras de su maestra: “tienes un raro talento”. La abundante comida y los halagos empezaron a enturbiar su habitual perspicacia y, cuando el 12 de enero de 1939 las cinco viejas partieron a la invasión de Bohemia y de Moravia, Fenix se quedó solo y muy hambriento. Ah, Flor de Sándalo! Nuestro matrimonio se hundía como una manada de elefantes en el mar. Mas algo inusitado habría de ocurrir durante el bombardeo de Londres: las vibraciones de una gran explosión — a través del Atlántico y los Andes — astillaron la estructura de nuestro tercer piso en el barrio de las putas, y fuimos entonces liberados. Cierto es que Amor no llamó a nuestras puertas pero vino la paz. Sándalo propuso irnos a vivir a los suburbios, mas si bien no me gustaba el Barrio Rojo yo prefería quedarme en el centro de la ciudad. Flor insistió sin ofrecerme nada a cambio: la gratuidad de mi pasión por ella fue nuestro signo de aquellos cincuenta semestres. Para disimular mis débiles

maneras organicé una discusión en torno a los suburbios del Sur y del Oeste, Sándalo fue derrotada y nos establecimos en los suburbios, al sur de la ciudad. Era una casa con cinco habitaciones y un patio mediano, donde siete peldaños caían de la puerta, y en esa escalera permanecí hasta el fin de la Guerra. Entre las pertenencias de alemanes y japoneses que el gobierno de Prado confiscó se hallaba la mansión de las viejas y Fenix fue el nuevo propietario, pero ya demasiado embrutecido para administrar sus bienes fue despojado por el Ministro de Agricultura y quedóse en la calle como un perro. Sobre nuestro encuentro no he guardado memoria ninguna, sólo sé que después de un largo y penoso entrenamiento devolví al gran danés su vieja perspicacia. Flor, temiendo la competencia de mi amigo, desenterró la flauta y practicaba hasta dieciocho horas cada día. (Fenix orina junto a un árbol de cucarda, yo leo Life en Español en el cuarto peldaño de la escalera, Sándalo se atraca en el tercer compás de una Sonata). Por esos días de 1958 en verdad me interesó el raro talento de mi mujer, tuvimos hasta dos encuentros furtivos y, cuando llegamos a golpear nos los zapatos bajo la mesa, se instaló entre nosotros y para siempre el Reino del Amor. Cuando ella tocaba la flauta de madera, desde mi peldaño aplaudía al final de cada movimiento. El gran danés sufría en silencio, no comía, orinaba sobre cualquier arbusto de la calle. No pude más y por no verle perder su notable perspicacia le di alguna función en nuestro matrimonio. Así, yo dormía mientras Flor desplazaba su raro talento y al callar de la flauta Fenix ladraba poseído de una gran felicidad, era la señal y yo, despierto, aplaudía desde el cuarto peldaño. Hasta que la vejez estropeó sus facultades — ah su oído — y nada pudo advertirme nunca más. En 1960 mis aplausos se adelantaban o atrasaban: Flor de Sándalo me abandonó. Fenix, el gran danés, fue a vivir con cinco viejas norteamericanas aburridas sin hijos o amantes o maridos.

